



una estaca en las postrimerías del siglo diecisiete". González no es un escritor moderno, y seguramente debe aborrecer todo aquello que tiene que ver con esta época. Es exactamente un *modernista* extraviado en las postrimerías del siglo XX, o sea un moderno a la manera antigua. Espíritu decadente y fantasioso, su mundo es el de la novela gótica inglesa, los cuentos de hadas y las fábulas de Rubén Darío; y aunque Borges es una presencia dominante en su libro, no es el Borges metafísico o especulativo el que le interesa, sino el más cosmopolita y exótico. El mismo lo señala claramente en el epílogo de la primera parte de su obra: "Muchas de las piezas del volumen pertenecen, críticamente hablando, al modernismo: un modernismo tardío, sospechosamente atrevido y ferozmente anacrónico"; y enumera también sus elementos u obsesiones: "la nostalgia, el horror, el deseo, la melancolía, el desencanto, la perversidad moral y espiritual, el pesimismo, el individualismo, el fastidio, el delirio, las filias y las fobias". La elegante morbosidad a lo Wilde, el gusto por lo sobrenatural a lo Machen (otro autor favorito de González), las mitologías a lo Lovecraft y el horror estridente a lo Poe se alternan en las páginas de este libro singular. Miscelánea de prosa narrativa, prosa poética y versos, la obra contiene dos distintos conjuntos: "La ciudad del otoño perpetuo" (fechado en México, 1976) y "La torre de los espejismos" (fechado en París, 1977), cada uno con su respectivo epílogo explicativo de intenciones y claves. Aunque ocupan la mayor parte de ambos conjuntos, las piezas narrativas son las que ofrecen menos interés: son lo más decorativo y prescindible. En cambio, las

breves secciones en verso (como "Las gárgolas" y "Viñetas galantes") tienen un mérito que suele estar ausente en las otras partes del libro (o los libros): el humor, la capacidad de reírse de sus propias fantasmagorías. El erotismo burlón y fúnebre de algunas ("Viñetas" "Voyeur", "A un coleccionista", etc.) es muy certero en su parodia de cierta poesía libertina.

Pero aclaro que aun (o sobre todo) en esas instancias, el libro de González es siempre derivativo, tributario de otros. El no lo oculta ni parece incomodarlo: practica la literatura como un homenaje y una continuación de los que escribieron antes que él. Sus textos son saqueos o paráfrasis de otros textos perfectamente reconocibles. Si la imitación es un arte, González lo practica con especial brillantez y soltura. Y, dentro de esos márgenes, puede llegar a tener cierta gracia inventiva: como su maestro Borges, cree que puede ser original copiando a partir de un buen modelo. De él y de sus otros autores favoritos se presta varios motivos: espejos, libros apócrifos, castillos fantásticos, ciudades mágicas, ninfas y vampiros. Su desdén por la realidad es absoluto; su segundo epílogo dice: "Mi fin es edificar un templo, una guarida para la Química". El escapismo trasnochado de González casi resulta escandaloso: se necesita ser algo atrevido (y un poco ingenuo también, para escribir ahora un libro victoriano, prerrafaelista, tan *fin du siècle* como el suyo.

Disparatario

Guatemala: las líneas del terror

por Carlos Illescas

Creo que Fernando Alegría impugnaba los escritos de Miguel Angel Asturias porque estimaba que en muchos de ellos lo hiperbólico se imponía sobre la visión real de Guatemala. El estilo preñado de imaginación de Asturias impedía (impide) en repetidas ocasiones llegar a la médula de un pueblo que más aún que prolongar el sueño de las presencias mayas, agoniza sin



remedio. Se ahoga en su sangre a los ojos del mundo que todo lo sintetiza en cuadros estadísticos rigurosamente elaborados para expresar, ante cualquier requerimiento, cómo se comporta la muerte en Guatemala, qué armas porta, y en su caso —que son los más— cuáles son los instrumentos de tortura utilizados para aterrar a los habitantes de un país en el cual la CIA realiza desde hace veinticinco años uno de los experimentos de exterminio más exitosos.

Guatemala es actualmente uno de los países más ejemplares del mundo. No guardan sus cárceles presos por delitos o motivos políticos. Así se les busque con el ahínco de quien desea verificar una información que resulta peregrina, nunca se les halla. Ni en el cielo, ni en el infierno, ni en el limbo. Todos, sin excepción se han esfumado de la faz de la tierra, sin dejar más huella que sus nombres y sus familiares que presas de una dentada y horripilante esperanza, esperan verlos un día de tantos, quizás no sanos pero sí alentando vida.

No hay presos políticos en Guatemala, pregonan a los cuatro vientos las autoridades de Guatemala. Vengan ustedes a indagarlo con propios ojos. Todas las cárceles del país abrirán sus puertas para que se averigüe si persona o personas a quien se le pudiera imputar el no pensar igual que el gobierno, guarda encierro. Vengan todos, han llegado a pedir los militares y sus socios civiles que gobiernan uno de los países cuya noche de horrores no tiene fin.

A pesar de que todos saben que la matanza de opositores democráticos a los gobiernos que vienen sucediéndose desde 1944 se realiza antes de que pudiese pro-

ducirse el internamiento de las cárceles del estado, pocos, muy pocos, levantan indignados la voz para denunciar y en su caso condenar el orden de atrocidades perpetradas sobre todo en quienes ostentan la inteligencia como arma ideológica y en las masas de campesinos cuyos nombres ni siquiera llegan a aparecer en los periódicos, prefiriéndose en todo caso refundirlos en números y pueblos remotos de pronunciación dificultosa.

Todos lo saben, pero parece ser que en nuestros días las reiteradas valorizaciones de la muerte establecen cierto patrón referencial que le corresponde a Guatemala sólo en mínima parte. No sé, quizás sería extremar notas de por sí tremendistas, reconocer que en Guatemala en lugar de sucesivas revaloraciones del exterminio físico y moral, se producen devaluaciones continuas que presentan la masacre de Guatemala como algo de costo reducido. Y no es que se haya impuesto la costumbre de amistar con la muerte de cada día en un país en donde la muerte labora las veinticuatro horas de la jornada de trabajo. Lo real es que las protestas, las acusaciones al sistema, se diluyen en expresiones asentadas sobre posibles exageraciones (que nunca lo son) provenientes de los informantes guatemaltecos, quienes a veces no saben agitar los lutos e indignación necesarios para persuadir a quienes por razones casi desconocidas no prestan toda la atención del caso a Guatemala cuyo martirio se extiende ya por veinticinco años.

El Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), durante los últimos meses ha hecho circular un documento por el que denuncia la violencia como



sistemática represión de las aspiraciones democráticas de Guatemala. Acusa de las matanzas sin cese a las organizaciones clandestinas conocidas como "Mano Blanca", el "Ejército Secreto Anticomunista", la "Fuerza de Acción Armada". Estas organizaciones se adjudican la mayoría de los numerosos asesinatos que padece la población de Guatemala.

No el más reciente pero sí el más sonado ocurrió el jueves 22 de marzo, cuando en horas de la mañana asesinaron al dirigente social-demócrata Manuel Colón Argueta, del Frente Unido Revolucionario, catedrático de la USAC y exalcalde de la ciudad de Guatemala. El Consejo Superior Universitario Centroamericano, se pregunta: ¿Qué papel desempeña la Universidad en este contexto de violencia? A título de respuesta asienta que la Universidad de San Carlos de Guatemala, nacional y autónoma, es la entidad de enseñanza superior de mayor jerarquía en el país,

por mandato de sus normas, incluye entre sus funciones el estudio de los problemas nacionales. Como resultado de ello, la USAC se preocupa desde hace mucho tiempo, de analizar diversos proyectos económicos que pueden afectar los intereses nacionales, y de opinar al respecto, lo que provoca controversias y tirantez, en muchas ocasiones, con los impulsores de esos proyectos.

Esa situación se ha agravado en tanto que se vuelven más agresivos los planes de desarrollismo capitalista para el país, lo cual implica una mayor dependencia con respecto al sistema capitalista mundial, y la consecuente internacionalización de la empresa. La Universidad percibe y denuncia claramente, que la penetración económica paralela en Guatemala por compañías transnacionales, ha agudizado los problemas sociales, ya que los intereses de las transnacionales no coinciden nunca con los intereses nacionales.

Se pueden señalar tres ejemplos de ese conflicto:

1. La instauración en Guatemala de la Internacional Nickel Company a principios de la década de 1970 para la explotación de ese mineral en la región de Izabal.
 2. El desarrollo de la industria petrolera en la región norte del país, particularmente por las compañías Shenandon y Basic Resources.
 3. El proyecto de construcción de un oleoducto interoceánico a través del oriente de Guatemala, para trasladar el petróleo de Alaska a las refinerías del Este de los Estados Unidos. Este último proyecto involucra en sus diferentes aspectos a los demás países de Centroamérica.
- La respuesta a estas actitudes siempre fue



la presión o el ataque.

A raíz de sus denuncias contra el terror, en 1970 fue asesinado el profesor universitario Justo Rufino Cabrera. Posteriormente, cuando la USAC inició una campaña en contra de las onerosas condiciones en que planteaba el establecimiento de la Internacional Nickel Company en Guatemala y tomó la iniciativa de formar un Frente Nacional Contra la Violencia, fueron muertos dos profesores universitarios más: los licenciados Adolfo Mijangos López y Julio Camey Herrera. Al mismo tiempo, atentaron varias veces contra la vida del licenciado Alfonso Baur Paiz. En los años 1976-77, cuando la Universidad se pronunciaba nuevamente contra la violencia y los contratos petroleros, fue objetivo de varios atentados el entonces rector de la USAC, doctor Roberto Valdeavellano.

La ola de terror anti-universitario se ha materializado en el asesinato del profesor miembro del Consejo Superior Universitario, licenciado Mario López Larrave (julio de 1977); en el secuestro, tortura y asesinato del estudiante de agronomía Robin García Dávila (agosto de 1977); en el atentado contra la vida del profesor y licenciado Santiago López Aguilar (octubre de 1978); en el asesinato del Dr. Oliverio Castañeda de León, quien era Secretario General de la Asociación de Estudiantes Universitarios (octubre de 1978); en el atentado que tuvo lugar en el propio campus universitario contra la vida del licenciado René de León Shletter (octubre de 1978); en el secuestro y desaparición del Dr. Antonio Giani García, Secretario de Organización de la Asociación de Estudiantes Universitarios (noviembre de 1978); en el asesinato del Dr. Ricardo Martínez Solórzano, estudiante de la USAC (enero de 1979); en el asesinato del Lic. Manuel Lizando Andrade Roca, Asesor Específico de la Secretaría General de la USAC y profesor universitario (febrero de 1979).

En *Los ojos de los enterrados* y otras obras similares, Asturias trató de darnos en su conjunto la visión de una muerte aún no devaluada. Con el paso del tiempo, la realidad se ha ido imponiendo a la escritura del gran autor sólo para dejar al descubierto, llaga y hueso enfermo de un pueblo que parece dejado de la mano de Dios, aunque, a decir verdad, nunca de la mano de quienes precariamente, en las peores condiciones materiales, llevan adelante una lucha contra los representantes armados de las transnacionales.



La vuelta al mundo

Rasputín, siquiatría, Einstein, Kafka.

por Lya Cardoza

“¿Cómo conciliar los progresos técnicos con las tradiciones campesinas? Comprendo que es imposible conservar los viejos pueblos, los campesinos ya no aceptarían vivir como antes. Los tiempos cambian, lo sé. Pero, al mismo tiempo, echo de menos, infinitamente, la manera de vivir de las comunidades desaparecidas: el sentido del honor, el orgullo, la conciencia moral, el respeto de los demás, valores que nada reemplaza”.

Valentin G. Rasputin (no kin con el monje siniestro) habla en París de su Siberia natal. Llegó a la presentación de su libro traducido al francés *L'adieu à l'île* en la editorial Laffont. A este escritor los franceses lo llaman el novelista “del Far East” ruso. Siberia estuvo poblada desde el siglo XVIII por gente llegada de todos

lados. Y es famosa por los grandes escritores rusos deportados y por quienes escribieron sobre ellos. “Por una parte, —explica Rasputín— estaban los campesinos siervos que, para liberarse de sus amos, se refugiaban en Siberia y cultivaban la tierra que habían ocupado. Por otra parte, Siberia era tradicionalmente “tierra de exilio” y, a diferencia de los siervos, los exiliados políticos eran, en su mayor parte, gente educada: en Irkutsk, se instalaron numerosos presidiarios, los decembristas desde 1825, y los polacos enviados allí dos veces después de las insurrecciones de 1831 y 1863. La ciudad se convirtió en un centro cultural en el siglo XIX y esta tradición intelectual influyó también en la mentalidad de los campesinos. Había también indígenas buratos, tunguzes y yacutos. Yo tengo sangre polaca, por mis antepasados exiliados desde 1863 y sangre tunguza, una antigua tribu mongólica. ¿Por qué escribir sobre otra cosa que no sea Siberia?”

Acerca de la revolución científico-técnica y la construcción de una vida nueva en Siberia: “Esos nuevos literatos, que lleguen de todos los confines de Rusia, no hablan para nada de Siberia. Hacen periodismo en forma de literatura y dan la impresión, de que antes de las centrales (hidroeléctricas) no existía nada y que en Siberia sólo había osos”.

Sobre cómo conciliar los progresos técnicos con las tradiciones campesinas, piensa que es imposible que se conserven los pueblos de antaño, ya que la mayoría no lo aceptaría. “Los tiempos cambian. Pero, al mismo tiempo, echo de menos, infinitamente, el modo de vivir de las comunidades desaparecidas.”

Sobre el “hombre nuevo”: “¿Cómo el hombre nuevo puede reemplazar al antiguo?” se interroga Rasputin. “Si el hombre quiere ser completamente un hombre nuevo, cesa de ser un hombre. ¿Cómo una nueva moral puede reemplazar la otra? La nueva moral no puede existir sin la antigua. Y digo: ¡gracias a Dios!”

Sobre el progreso técnico: “El progreso técnico no puede volver atrás, pero hubiéramos deseado que su crecimiento no fuera tan rápido, tan decisivo. Concebido por el pueblo, el progreso técnico no debe volverse contra el pueblo. (...) Si pudiéramos detener el desarrollo de la ciencia, la carrera de la ciencia, sería ¡maravilloso!”

Según Nicole Zan, en *Le Monde*, esta angustia de Rasputín no es sólo siberiana o metafísica, “porque los monstruos